

SILVIA MIHANOVICH, VOLVER A LAS FUENTES

Tras un fecundo período de trabajo silencioso, apenas interrumpido por su presencia en algunas muestras colectivas, Silvia Mihanovich afronta hoy la responsabilidad de concretar su primera exposición individual en las salas de la galería de Marcos Blede.

Atrás va quedando la búsqueda de un oficio, cimentado en largas horas en los talleres de Miguel Dávila, Ernesto Pesce y de Susana Domínguez Soler. Atrás quedan también desvelos y vacilaciones, ahora trocados en la enérgica vitalidad del desafío asumido.

Una veintena de pinturas, y algunos dibujos, componen el catálogo de esta muestra augural. Propicia es la ocasión para señalar que por las pinturas de esta artista sobrevuela el espíritu de los grandes maestros. Aunque no declarado, hay en ellas un manifiesto “volver a las fuentes” de la mejor tradición. Pasados por el tamiz de la actualización, pueden verse en estos trabajos, y bien aprendidas, las lecciones del impresionismo y sus epígonos.

Con técnica tradicional, Silvia sublima temas y motivos, y hace de ellos la anécdota casual para desplegar sus dotes de colorista audaz, aunque refinada.

En sus escenas callejeras, en sus interiores con figuras, en sus planteos intimistas, el tratamiento pictórico gana por sobre el interés temático. La captación del instante se fundamenta en el manejo impresionista de la luz, que siempre es protagonista principal de sus pinturas.

Silvia Mihanovich nos hace ver como simples y espontáneas ciertas composiciones que son en realidad muy complejas. Esto es evidente, sobre todo, en sus veredas de cafés, donde un idóneo manejo de los planos otorga equilibrio y profundidad a los conjuntos de figuras.

Tras el boceto directo, ella emplea la materia con generosidad, como con vocación de volumen, y en la soledad de su taller recrea con sus óleos el imaginario urbano captado en sus giras de observación.

Diverso es el tratamiento de sus pinturas de animales. En ellas se advierten los genes de los maestros animalistas europeos de finales del siglo XIX, transportados

por la magia de esta artista a sus campos de Buchardo, en el sur pampeano de la provincia de Córdoba. Curiosa simbiosis ésta, encarnada en pequeñas pinturas de gallinas y de patos en las que, con una soltura distinta y una paleta más contenida, también es la luz la que adquiere la presencia mayor. Imposible ante estos temas no traer a la memoria, por ejemplo, a Heinrich Von Zügel, el maestro alemán de nuestro Fernando Fader.

Dejo para el final el breve pero tan sustancioso conjunto de dibujos que integran esta muestra. Son tintas, lápices y alguna aguada en las que el desnudo reina como tema principal. Con trazos austeros, Silvia delimita con precisión volúmenes no exentos de cierto dramatismo. No son los suyos desnudos complacientes. Ella no se solaza hedonísticamente en la belleza, sino que busca en las formas de sus modelos la superficie adecuada para que la luz, siempre la luz, juegue su rol de dueña del espacio pictórico.

Silvia Mihanovich se presenta así, con sencillez, pero bien dotada de recursos, en un ámbito como el artístico, en el que no siempre la calidad ha primado por sobre las mistificaciones. Pero ella ya ha jugado sus cartas, y en estas pinturas nos deja su más claro testimonio.

Adrián Gualdoni Basualdo

Agosto de 2000